

La cuna de la Reconquista española

Manuel Sainz Marcos, S. J.

“Yo os hablo desde el centro de la región asturiana, desde el centro de la gran cordillera cantábrica, que es el brazo de España, que tiene un Finisterre, un índice providencial que nos señala a América como a nuestro destino; desde esta cordillera cantábrica, brazo y baluarte de España, que parece que va subiendo, hasta que en Asturias sus montañas alcanzan tan alto, que parecen dialogar con las nubes para oír en secreto la misión que a España está confiada; esta cordillera, que las olas azotan continuamente en los acantilados de la costa, cuyas cumbres nevadas, al ser azotadas por el huracán, son el arpa nacional donde vibran las grandezas de la Patria». ¹ Arranque patriótico del gran orador nacido en Cangas y ofrecido a Nuestra Señora de Covadonga, el que por encima de todos los partidos ha sabido llegar hasta el fondo del alma nacional, afirmando la unidad en la variedad y enalteciendo el vínculo indisoluble de amor a la fe y la patria para el engrandecimiento de España.

Conforme reza el rótulo con que se encabezan estos apuntes, me propongo escribir algo, con ocasión del centenario, sobre la cuna de nuestra heroica Reconquista, algo más preciso y concreto que las vaguedades impresas aun en historias que por su misma índole debían de haber penetrado un poco más en el conocimiento del terreno.

Pero antes de entrar de lleno en la materia propuesta, tengo que fijar el alcance y significación de los términos, al menos en mi intención y pensamiento. Al hablar de España, entiendo la España única, de antiguo conocida por un solo nombre, la que abraza la península entera, no España y Portugal, ni España y Andalucía, ni España y Aragón y Cataluña; única geográficamente con toda su riquísima variedad geológica, topográfica, climatológica; única etnológicamente con toda su diferencia y mezcla de razas, con su persistencia de tipos prehistóricos y con sus mudanzas y combinaciones caprichosas; una en su historia desde la época prehistórica, cuyo estudio y desarrollo es tan reciente como prodigioso y eminentemente español; una en su historia primitiva, en la púnico-cartaginesa, en la romano-pagana, y, sobre todo, esencialmente una, brillantísimamente, profundísimamente, rapidísimamente unificada en la historia romano-cristiana; una en la monarquía visigótica, una en la desgracia de la invasión agarena, y maravillosamente reunida y acrisolada en la secular prueba de la Reconquista; una en la exploración y evangelización de nuevos mundos, y una y por siglos invencible contra toda Europa, y aun hoy día una en la decadencia que la aflige, pero una todavía en el espíritu nacional católico de un pueblo que, malísimamente gobernado, conserva aliento para mantener su independencia y señorial grandeza. España es gran nación, e importa poco que en el mercado vocinglero del gran mundo se le regatee ese título, porque no se borra por siglos de menos esplendor. Lo que hace al caso es reanimar el sagrado fuego del hogar, de la patria chica y de la grande, y del espíritu hondamente cristiano y religioso que nos fraguó, que nos dio temple, que nos engrandeció y nos hizo tan amables a los buenos como temibles a los malos y envidiosos; el que todavía es en toda España, aun considerada por el lado político y secular, la gran palanca, el profundo secreto de vigor y resurgimiento nacional, prenda de concordia y esperanza de grandes empresas. Por algo los enemigos internos y externos de la verdadera España se esfuerzan en deprimir el espíritu religioso y degradar el vigor moral y la estima en que hemos de tener a la madre España que nos dio el ser, noble y gloriosa madre de nobilísima progenie, si hay patria noble en el mundo.

Esta nuestra hidalga patria española, tanto más grande cuanto menos todavía se ha ahondado y desmenuzado e ilustrado su historia, puede ofrecer a los ojos del mundo una cuna certísima, firme y encumbrada cual nido de águila; cuna de su gran renacimiento, parecida a un sepulcro, al que se la quiso reducir para nunca más volver a la vida; pero sepulcro glorioso en el que ella supo recogerse y con el aliento del Cielo recoger los huesos dispersos, recubrirlos de carne, reorganizarlos, recalentarlos, reanimarlos con el espíritu humano-divino, y en momento oportuno aparecer resucitada a nueva vida, espantosa a la guarda moruna, y vigorosa para avanzar sin retroceder hasta ganar el estrecho y llevar la verdadera civilización a

¹ MELLA, *Discurso en el teatro de Campoamor*, Oviedo, 6 de abril de 1916.

nuevos mundos. Sin mengua de ninguna de las gloriosísimas provincias españolas, y en honra de toda España, hay que confesar que esa cuna de nuestra heroica regeneración es la en que se encuevó Pelayo con su aguerrida hueste, es Covadonga, y es la primera y vecina corte de Cangas de Onís.

Dudar del hecho y del lugar, en lo que puede llamarse substancial, es dudar del florentísimo reino asturiano y empequeñecer su gloria; es desprestigiar la de toda la Reconquista y la de todos los reinos cristianos, y es decir que supimos muy mal ganar lo que supimos bien perder; de donde resultaría el absurdo que la nación más apocada del mundo venció en tesón y constancia a la dominadora de Oriente y Occidente, y llegado el momento, sobresaliera entre todas en los campos de batalla y en el más glorioso palenque de las artes y de las ciencias humanas y divinas con una extensión, profundidad y vigor del que no hay todavía ejemplo más levantado en la historia.

Aspiraba yo a una reseña de esta comarca, no tanto histórica cuanto históricoarqueológica, en la que se diera a conocer la tierra con su propio relieve, sus producciones, sus costumbres y carácter propio, sus monumentos cristianos antiguos. Por ahora daré sólo apuntaciones al correr de la pluma sobre su condición topográfica con mezcla de indicaciones arqueológicas.

Cuna de la Reconquista es, generalmente, la España septentrional, la arrimada a la gran cordillera cantábrica, de la que nace como de diversas corrientes el gran río de la patria española.

“La Reconquista se ha formado con diferentes manantiales que brotaron un día de la gruta del Auseva, de San Juan de la Peña y de la Borunda, de la Marca Hispánica, y todas ellas formaron arroyos teñidos de sangre que corrieron por el suelo peninsular, sombreados por cipreses y laureles, anegando las colinas de Las Navas, y más tarde en la vega de Granada, y confundiéndose después con el mar, hasta hacer del Océano un espejo en el cual se miraba la grandeza de España.

Pues en esa obra suprimid la gloriosa Monarquía asturiana, con sus doce reyes*, y no existe el estado leonés formado al otro lado de la cordillera, y no existiría tampoco el estado castellano, y si los dos faltan, falta la vía central de la reconquista y queda mutilada España”.² Y así prosigue el pensador cangués la brillante y verdadera inducción por la confederación éuscara, por Cataluña y Aragón, para probar la formación y existencia de la gran nación española.

En medio de esa grandiosa unidad y vistosa variedad, ofrecen su unidad y variedad particulares todas las provincias encerradas entre la cordillera cantábrica y el mar, lo cual no es mero accidente geográfico, bino algo impreso en su fisonomía moral y en sus monumentos. “Así no extrañéis, continúa el gran filósofo orador, que haya sentido en estos mismos días, al recorrer en automóvil a Vizcaya, a Santander y a las Asturias de Santillana y de Oviedo, y recordar otros viajes y evocar la montaña gallega, me pareció sentir la solidaridad de todos los pueblos dispersos entre la cordillera y el mar. Al traer a la memoria las hazañas de los guerrilleros de la Reconquista y de los gloriosos aventureros, de los intrépidos campesinos que midieron el Océano con su audacia y contemplaron sus olas enfurecidas con la misma tranquilidad con que observaban ondular las mieses de la vega a la sombra del campanario parroquial, me pareció que perpetuando sus empresas surgía de las montañas una vegetación de granito, desplegando sus hojas en forma de carteles y blasones que se extendían por las torres cuarteadas del castillo, por los muros de los templos, por las fachadas de los palacios y de las casas solariegas, y que por ellas corrieron durante siglos torrentes de la misma sangre heroica que dejó su señal en los escusones y blasones y timbres y divisas enlazados y repartidos, y que cayó sobre este suelo para fecundizarlo y hacer que brotasen en él a un tiempo una íntima y secreta unidad que alguna vez reveló en convenios internacionales con estados del Norte, y la flor de las libertades y el tesón para mantenerlas contra todo intento de opresión y tiranía”.

Mas para que haya de todo, compárense ahora los vigorosos y verdaderos tonos del orador patriota con las negras y tétricas pinceladas de escritores que quieren pasar por críticos y bien informados.

Vaya una muestra que vale por muchas. “El erudito cronista de Gijón D. Julio Somoza, en su notable y documentada obra *Gijón en la historia general de Asturias* considera a Covadonga como una leyenda plagiada de la literatura, y a Pelayo como un *mytho histórico*, copiado de otra literatura para un fin puramente convencional y de momento...” “No empieza, no, la restauración de España, por más que se

² MELLA, Cfr. *Pueblo Astur*, 21 de abril de 1916. Aunque corregidas las cuartillas por el mismo orador, aún quedan imperfecciones.

empeñen los ideólogos, en la vertiente septentrional de la cordillera, sino de puertos allá (*sic!*). Ni tampoco comienza la lucha por la nacionalidad en el siglo VIII, sino en los albores del IX, y mejor con el tercer Alfonso que con el segundo... Y consiste esto en que los que escriben sobre Asturias, no siendo del país, la conocen poco y mal, y no están impuestos sobre su población, ni sobre sus recursos y orografía, que la imposibilitan para la conquista, ni meditan sobre su pobreza, que la impide ser ambicionada por nadie”. Y todavía el que esto copia, haciéndolo suyo, recarga el cuadro, añadiendo: “Resulta, pues, que el paraje de Covadonga, por su situación, por lo muy agreste, pobre y despoblado, no constituye un punto *geográfico estratégico*, ni ha sido nunca paso obligado de ningún ejército invasor, y menos del ejército árabe, compuesto de caballería en su mayor parte... Ni los romanos, ni los godos, ni los franceses intentaron luchar en el valle del Auseva, valle que si hoy con menos bosques y mejores caminos que en el siglo VIII causa pavor al viajero que, acompañado de guía, recorre por donde puede aquella solitaria zona, formada, lo mismo que el resto de los Picos de Europa, por enormes acantilados y precipicios imponentes, ¿es posible que en terreno de semejantes condiciones pudiera avanzar, acampar y combatir con *fundibulos* el numeroso ejército árabe que los famosos cronicos dicen luchó en Covadonga contra los Astures mandados por Pelayo?... Jamás se dio batalla alguna ni en Covadonga, ni en Liébana. ni en el resto del agreste cuanto imponente macizo de los Picos de Europa». ³

Y ahora digo yo lo del otro poeta: «¡Esto, Inés, ello se alaba!» ¡Qué enjundia la de esta estupenda crítica, que de un golpe deshace la ilusión que nos han producido los historiadores romanos con sus formidables guerras de los cántabros y astures! ¿Dónde las harían?

¡Como que, según el moderno descubrimiento, el país quebrado como el de Asturias, no es a propósito para batallas!

Sin detenernos mucho, desbrocemos un poco el terreno. ¿Conque pobre Asturias, pobre tierra y pobre gente, nunca codiciada de los extraños?

Pues ¿qué buscarían en ella los romanos, árabes y franceses? Hagamos nuestras algunas observaciones de Jovellanos, a quien nadie negará algún conocimiento de Asturias.

«Situada [Asturias] en el extremo septentrional del reino, confinada entre la más brava y menos frecuentada de sus costas y una cordillera de montañas inaccesible, sabe usted que los españoles nacidos de la otra banda tienen poco más o menos la misma idea que de la Laponia o de la Siberia, y que, juzgándola por los miserables que la abandonan y que de ordinario no son otra cosa que la redundancia de su población, la tienen por una región miserable y estéril, o por una cruel madrastra, que no pudiendo alimentar a sus hijos los emancipa y echa de sí para que vayan a servir con los más ruines ministerios a los venturosos moradores de otras provincias. Ahora bien, si este error y estas falsas ideas se desvanecen desde el punto que, vencidos los montes, se empieza a observar el suelo, las producciones y las costumbres de Asturias, ¿cómo es que usted pudo preferir la descripción de otros objetos y países más comunes y conocidos a la de una provincia tan digna de la curiosidad de un viajero y de la meditación de un filósofo? Dejando aparte que Asturias puede mirarse como la *cuna* de la libertad, de la nobleza y, en cierto modo, de la religión de España, y que en ella existen y en ella deben ser buscados los venerables monumentos de nuestra historia, bastarían para recomendarla los grandes objetos que la naturaleza reunió en su suelo. ¿Pudo usted observar sin admiración en su viaje sus frondosos bosques, sus valles amenísimos, sus montes levantados hasta las nubes, sus ríos, ya precipitados de lo alto de las cumbres por extrañas y vistosas cascadas, o ya brotando de repente al pie de su falda? ¿Pudo usted dejar de sorprenderse agradablemente a la vista de tantas eminencias, precipicios, alturas, cañadas, grutas, fuentes, minerales, lagos, ríos, puertos, playas y, en fin, cuanto produce de grande y singular la naturaleza?». ⁴

Vamos ahora derechos a nuestro fin. Existe un centro geológico, orográfico y topográfico, en el que se recoge, nace y se vigoriza y del que sale la España regenerada; porción escogida bien caracterizada y bien deslindada. Ya de lejos la anuncian sus grandes centinelas, los Picos de Europa, gigantes erguidos sobre la

³ Véase *Fuerte Arias*, Alfonso de Quintanilla, apéndice 1. “Batalla de Covadonga”.

⁴ Jovellanos, *Cartas a D. Antonio Ponz*, carta III. Biblioteca Rivadeneyra, 50, 281.

robusta cordillera cantábrica, los cuales se alzan sobre la extensa meseta de Castilla, dominando aquellos campos, en los que

Cual dilatado mar la mies dorada,
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento,
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.⁵

y los cuales por el Norte, desafiando las tempestades, de repliegue en repliegue, hacen bajar su gigantesco ropaje de bosques, frutales y praderías, desgarrado a trechos por nevaduras de picachos calcáreos hasta salpicarlo en las indómitas olas del Cantábrico. Trono montuoso y señorial por su eminencia indisputable, perfectamente deslindado al Oriente y al ocaso por dos largos y retorcidos y profundísimos barrancos, por los que ruedan dos grandes y espumosos torrentes, el Deva, límite con la Montaña de la actual Asturias, políticamente considerada; el Sella, serpeante al borde de la primera Corte española. Cangas de Onís.

La sublime perspectiva de esta singular comarca puede alcanzarse bien, aunque algo de soslayo, desde la región costanera de la Montaña, desde las graciosas lomas de Comillas. Vueltos al Mediodía, con ligera inclinación al Oeste, vemos primero las frescas hondonadas, las ondulantes colinas y alegres caseríos, las encantadoras marismas de San Vicente la Barquera, aire, luz, tierra y mar del deliciosísimo vergel viviente en las inmortales páginas de Pereda. Algo más lejos, acordonadas, corren las cumbres paralelas a la costa, y detrás de esta cadena otra más escarpada, y encima otra más empinada y, por fin, la cima en toda su majestad. Allá los eminentes Picos atraen y cautivan la mirada, enhiestos y aguzados, hendiendo el azul del firmamento como inmensa sierra, respaldada en el suelo encabritado por tremenda erupción volcánica. Los inmensos tesoros de nieve acumulados en el invierno perduran en el verano y mandan lejos sus rosáceos cambiantes al despuntar el sol y al ponerse, trémulo, en las verdinegras aguas del mar. Los mismos gigantes picachos se encapotan de nubes con frecuencia y atraen las tormentas que se alzan del mar, y entonces relumbran y rebraman en lontananza, como si sobre ellos bajara la poderosa majestad de su Creador. Ninguna de sus cumbres alcanza una altura absoluta extraordinaria entre las grandes montañas, puesto que no llegan a los 3.000 metros; pero como a esta eminencia se acercan mucho, y de repente, a muy corta distancia del mar, se elevan en masa, su efecto es grandioso de lejos y abrumador de cerca.

El Deva, nombre común de muchos ríos septentrionales, pasa entre Unquera y el pintoresco Colombres, atravesando una vega y marismas, y estrechado se retuerce entre las dos cuestras de Pichón y Pimiango, hasta entrar en el mar. Por la orilla derecha río arriba y a alguna distancia sigue la carretera las ondulaciones de las sierras, hasta caer en el fértil valle y alegre población de Panes (12 kilómetros), dominada al Occidente por la natural e inmensa pirámide de Peñamellera. Afluente del Deva, entra el Cares por la izquierda, viniendo encajonado por las enriscadas y mantecosas serranías de Cabrales. Muy cerca de Panes la cordillera se yergue y empina con toda su fortaleza calcárea, dejando sólo una abertura angosta, retorcida y prolongada por espacio de 20 y más kilómetros, en cuyo fondo gime el espumoso y claro torrente, y por cuyo lado va la carretera, medrosa a cada paso de hundirse en las aguas, o de acabarse en el frente, o de ser sepultada por las rocas abovedadas sobre ella o por los peñascos a medio desplomar pendientes en las laderas, en las que arraigan seculares encinas y frescas hayas, y cuelgan, más que se arriman, las rupestres cabras y los no menos sueltos y arriesgados pastores y pastoras montaraces. No guardo en mi memoria de montes atravesados en España, ni en Suiza y el Tirol, ni en las hondas quebradas del Líbano, otra semejante a esta larguísima y estrechísima y altísima hoz, tajada casi a pico, con una repentina altura de 1.000 a 2.000 metros, como que el gran salto de agua del Urdón, a 400 metros verticales, asoma allá como quien dice en la primera juntura, a las rodillas del coloso, y el chorro sobrante se volatiliza antes de llegar al suelo en menudísimos grumos de lana carmenada, refrescando la atmósfera.

⁵Núñez de Arce. Idilio.

Las celebradas pirámides y las inmensas catedrales góticas, con sus espaciosas naves, con sus caladas torres, con sus arbotantes y airosa crestería, parecen juguetes de niños comparados con aquellos gigantescos riscos hendidos, sobrepuestos y soberanamente encrespados por mano misteriosa y sobrehumana. Al cabo de esta indescriptible garganta aparece un jardín florido y huerto cerrado por cumbres altísimas, que lo resguardan todo alrededor, descendiendo todas en gradación y formando en su conjunto a manera de inmenso cono invertido hacia un centro poco elevado sobre el nivel del mar, con valles fértiles, frescas regueras, lomas pobladas de ricos frutales y esparcido y alegre caserío. Esta es Liébana, cuyo nombre y sonido recuerda el Líbano, y como éste parece significar la perenne e inmaculada blancura de las cumbres circunvecinas. El Deva, que va engargantado por la hoz antes dicha, baña la central y característica población de Potes, recibiendo por su derecha el río Quiviesa, y luego tuerce a Poniente, para doblarse más allá, frente a Santo Toribio de Liébana, replegado en la frondosa ladera del monte Viorna, y revolver al Mediodía, besando los fresquísimos valles y laderas que se tienden al pie de los Picos de Europa.

Éstos alzan altivos sus frentes formando el grupo *oriental* con sus erguidas crestas Silla Caballo (2.215 metros), Peña Cortés (2.373 m.), Pico Fierro (2430 m.). Detrás de éstos, y entre el Cares y el Duje, su afluente, se alzan los Picos *centrales*, todavía mayores, descubriéndose desde Santo Toribio por el collado de la Cámara (1.705 m.) en el fondo lejano Peña Vieja (2.615 m.), y escondiéndose el Naranjo de Bulnes (2.517 m.), Torre de Cerredo (2.642 m.), Torre de Novejuno, los Urrieles, Las Moñas, los Boches, el Borio. El macizo *occidental*, más desparramado, se limita por la cuenca del Sella, y en él figuran Peña Santa de Enol, sobre Covadonga (2.476 m.), Torre Corrobles (2.450 m.), Torre de Santa Bermeja (2.391 m.), Torres Blancas, Horca del Prado, Peñas Carbanales...⁶

La garganta occidental que separa los Picos, y por la que corre el Sella, es tan abrupta, que por las referencias que me hacían sus habitantes, venidos a Cangas en medio de la última nevada de Enero, no podía menos de imaginármela tan grandiosa y sorprendente como la oriental que se abre paso hasta Liébana.

Esta curiosísima región, así cortada por las profundas cuencas del Deva y del Sella, se escala en cinco zonas paralelas al Cantábrico. La primera y más ardua es la de los soberanos Picos inaccesibles, refugio de los rebecos, la de los profundos barrancos, morada del oso, la de las altas brañadas, llamadas puertos, naturales praderas de hierba menuda y jugosa, delicias del ganado, que por allá veranea y engorda hasta el otoño; la segunda es la arrimada a la anterior, población enriscada y casi exclusivamente pastoril, la que inverna bajo nieve y al abrigo de sus ganados muy cerca de las brañas y altos puertos.

La tercera es la encañada entre la gran cordillera y su fronteriza menos elevada, más vecina a la costa, entre las que se forman las dos cuencas opuestas y transversales, la angosta del Cares al Oriente, y la más deliciosa de los ricos valles de Cangas y Soto y Corao, Mestas y Onís, por las que corre al Oriente el Cares, despeñado de los más altos Picos, afluente del Deva en Panes, y el Güeña al Occidente, más tranquilo, que recibe el Deva de Covadonga y afluye al Sella, abrazando a Cangas entre ambas corrientes. Esta es la hermosa zona de las vegas fértiles, de las huertas y frutales, de las olorosas pomaradas, la de los frescos arroyos, que de todas partes bajan al llano, la de los grandiosos parques al natural, plantados con las preciosísimas castañeras y robledales de sus frondosas laderas. La cuarta zona es la de la otra cordillera fronteriza de la grande, región entrecortada por barrancos y arroyos de menor curso y caudal, población medio agrícola y medio pastoril, algo aislada, pero no muy alejada de las principales vías de comunicación, risueña a un tiempo y escabrosa, escondida en los valles o primorosamente asomada en los collados y oteros. La quinta es la costanera, la más llana y apacible, graciosa, sobre todo en lo que corre de Llanes a Ribadesella, comarca llanisca, entre todas encantadora por la airosa vista de la cordillera medianamente retirada, por las praderas y campiñas naturalmente adornadas de cerros agrutados, vestidos de perenne vegetación, enriquecida a un tiempo por la labranza, por la pesca y por el caudal aportado de lejanos continentes.

Esta región central de la cordillera, cuyas zonas acabamos de señalar, tiene gran unidad geográfica como asiento firme de los grandes montes que la dominan, unidad orográfica en la principal cordillera y en la secundaria y los valles y alturas intermedias, unidad hidrográfica, como que las cuencas y nacimientos del Deva y del Sella son como dos grandes y flexibles brazos que casi se tocan a espaldas de los Picos, y al

⁶ *Liébana y los Picos de Europa*. Santander, 1913, pág. 112.

descender ondulantes se engruesan con las venas laterales de los ríos intermedios, el Cares y el Güeña, con cuyo caudal corren a hundirse en los senos del mar. A esto se junta la unidad climatológica, la flora y fauna, y lo que es legítima consecuencia, los varios géneros de vida cazadora, pastoril, labriega, pescadora, industrial, fraternalmente unidos y entrelazados.

Ahora ya podemos contemplar más de cerca la cuna misma de nuestra patria, la porción escogida de Cangas y Covadonga, recostada al lado occidental del macizo de montañas y al arranque de su ardua elevación. El Sella, enriquecido en Arriondas con las aguas del Piloña, que desciende de Infiesto, dóblase en ángulo agudo, cambiando su inclinación occidental por la oriental, arrimado a las sierras occidentales acostadas a su paso, Pico de Moros, Bustarnal, Sierra de Moro, sin otro espacio que el muy estrecho para la vía férrea y algunos recodos y reducidas vegas, como en Fuentes y Toraño, hasta entrar en la graciosa ría y vega de Ribadesella. Por la margen derecha del río parecen venir a embestirle las afrontadas cabezas de la cordillera trifurcada en las Coronas, Sierra de Santianes, de Escapa, y reentrante de Zardón. Frente a esta cuenca ensánchase la vega, suavízase las pendientes de las colinas, puéblanse de arbolado, y resplandecen esparcidas las aldeas de Margolles y Triongo, hasta el extremo de Arriondas, en que remata a Poniente la alta sierra de Olicio.

Si desde el valle de Arriondas miramos a Levante, vemos el panorama augusto hasta la cumbre de los Picos, remontando, el curso del Sella por las cañadas de Cangas y Soto, atraída siempre nuestra vista por las nevadas cimas de Peña Santa.

Es curioso señalar de antemano las distancias y el desnivel continuo del terreno, a contar del mar, hasta las cumbres más elevadas, por la ruta indicada de Ribadesella a Arriondas, de Arriondas a Cangas, de Cangas a Covadonga y de aquí a las mayores cimas. De Ribadesella a Arriondas, por 18 kilómetros, es inapreciable, y de aquí a Cangas, por ocho kilómetros, es de 60 metros; tres kilómetros más arriba, en Soto, sube a 85 metros; seis kilómetros más adelante, al pie de Covadonga, en el Repelao, alcanza 190 metros, y el mismo Covadonga un kilómetro más arriba, cuenta 235 metros; por la carretera del lago Enol, a los seis kilómetros, en Dúa, asciende a 850 metros, y cinco kilómetros más allá, en el Enol, cuenta 1.000 metros; ocho kilómetros pecho arriba, en Orrial, 1.400 metros, y dos más lejos, en Jusedellago, 1.500 metros; ya de aquí, como quien dice, de un salto, en solos cinco kilómetros, se empina más de 1.000 metros, hasta la altura en Peña Santa, de 2.540 metros; de modo que en 24 kilómetros, desde Covadonga, sube la enorme altura, desde 235 metros hasta 2.580 sobre el nivel del mar;⁷ lo cual nos dice, por una parte, que Covadonga se halla bien resguardada al pie de las grandes cumbres y escondida entre revueltas de montes y valles y ríos; pero también accesible por su corta elevación, y bien defendible por lo estrecho de su cañada y por lo pendiente de sus laderas.

No estará demás, para el mejor conocimiento topográfico del terreno, dar una muestra de su constitución geológica, en un corte transversal, desde Nueva hasta las cimas del Cornión y de Peña Santa. Las capas se suceden o recuestan con este orden: caliza carbonífera hasta Nueva; arenisca blanca hasta la sierra; pizarrilla o cayuela, caliza, cuarcita, caliza arenisca en la sierra de Hibeo (760 metros); creta encima y caliza carbonífera debajo en la cuenca de Onís, y a continuación pizarrilla, pudinga, pizarrilla, caliza margosa, pudinga en Bobia; pizarrilla, cayuela en Covallerda, y luego carbón, y, alternando, pudinga, caliza, pizarrilla, por las alturas de Escarandi, y sin especificar mucho, caliza carbonífera en el último y arduo repecho hasta los Picos.⁸

Ni este corte da idea completa de la formación geológica y de la riqueza mineralógica aquí atesorada, ni otros muchos lograrían exponer la de todo el Principado. Lo que está fuera de toda duda es que esa riqueza es extraordinaria. Dios lo hizo así, pero nuestros hombres políticos parecen empeñados en demostrar lo contrario; es decir, que somos unos menesterosos que necesitamos andar mendigando por el mundo, buscando fuera lo que Dios nos atesoró dentro de casa. En prueba de esto es muy curioso ver a Jovellanos adelantarse un siglo a reconocer la importancia para España del carbón asturiano, y denunciar el desarreglo de las empresas y transportes, y ver que al cabo de un siglo y en las actuales circunstancias, andamos en el mismo enredo. Oíganse sus palabras: “La industria, señor, será la que reciba el primer

⁷ *Recuerdos de Asturias*, por D. Eduardo Llanos, tercera serie.

⁸ *Recuerdos de Asturias*, 1. c.

beneficio de la abundancia de este fósil, pues siendo muchas las fábricas que necesitan de carbón, es imposible que se mantengan con el de leña. Todas las artes y oficios que trabajan en hierro, las fábricas de vidrio y cristal, las de barro y loza, las de teja y ladrillo, y aun los hornos de cal, ganarán mucho con su uso, y los importantes artículos de consumo interior y exterior que resultan de ellas, lográndose por este medio a más cómodo precio, abrirán muchos ramos de comercio importantísimo y casi desconocido hasta ahora... Ni aun será éste el mayor beneficio que resulte al Estado de la abundancia del carbón fósil, pues él solo, considerado como un ramo de comercio exterior, podrá traer a España sumas inmensas. Los carbones de Alemania no están en situación de acudir al surtimiento de Europa; los de Inglaterra son caros, o por el enorme consumo que se hace de ellos en aquel reino, o porque, abundando más allá el numerario, son también más caros los jornales; los franceses, o no los tienen o no los aprovechan; pues sus fábricas de loza y baterías de cocina se surten del carbón inglés, a pesar de los derechos de entrada que la impericia o el descuido de su Gobierno cobra todavía sobre ellos; finalmente, los portugueses carecen de él, le desean y le piden con ansia en grandes cantidades. ¿Qué consumo, pues, tan inmenso no pudiera tener el carbón de España, llevado a todos los puntos donde su baratura desterrase el de los ingleses, y lo asegurase una preferencia decidida?

“Ésta, señor, es una riqueza depositada en las entrañas de la tierra en que vuestra majestad felizmente reina, y nada será más propio del ardiente deseo que manifiesta de la felicidad de sus vasallos, tan bien acreditado desde los primeros pasos de su gobierno, que entregarla a su aplicación e industria, para que sean ellos más venturosos y la nación más rica y opulenta. A este fin no bastará remover los estorbos que se oponen al beneficio de este mineral, acaso más precioso que el oro y la plata, sino que es menester animar a los pueblos, auxiliarlos y como llevarlos de la mano hasta que el interés abra sus ojos y conozca su objeto; pues entonces se podrá sin riesgo confiar a su propia actividad todo el cuidado de aprovecharle y promoverle».⁹

Si del carbón y de otros minerales es moderno el reconocimiento, de muchos otros fué de antiguo divulgada la riqueza, y así fue por ella codiciada Asturias. En la época romana se extraía de Asturias la mayor copia de oro de todo el mundo, conforme al testimonio de Plinio.¹⁰ Lucio Floro¹¹ encarece las venas de oro, y Marcial llama auríferas por antonomasia a las gentes asturianas. Celebrábase además el bermellón, crisocola, el plomo negro, la piedra imán, el antimonio, el ámbar, y estas minas explotadas por los romanos bien podrían dejar filones que despertasen la codicia árabe, cuando faltaran otras razones de más peso para explicar la invasión.

* * *

Pero atengámonos ya de cerca a la descripción topográfica de la hermosa porción que más nos interesa. Tomamos como punto de partida aquel en que quedamos en Arriendas, mirando al Oriente la soberana cumbre de Peña Santa, y encerrada entre montes la cañada por la que baja el Sella y su afluente en Cangas, el Güeña, y el afluente de éste, el Deva, nacido en Covadonga.

Atravesada la floreciente villa de Arriendas, la carretera y el tranvía pasan sobre el Sella, engrosado ya con el Piloña, recibido poco más arriba, y van a unirse a la otra carretera, que viene costeano las laderas de Margolles, y arrimado el camino a la falda de las frondosas colinas de mano izquierda, domina por la derecha la fértil vega regada por el río, y va dando vista de la otra parte a las ondulantes colinas, castañedos y esparcidos caseríos del concejo de Parres. En el pueblo de Rozas, recostado en la ladera, para el tranvía, y es delicia de los veraniegos ver aquellas casas entre huertas y follaje, aquellos alegres corredores abiertos al sol y al aire, y singularmente aquella airosísima casa, que es un natural capricho o fantasía rústica, colgada sobre la roca, con su atrevido mirador, sostenido por fustes de piedra y recubierto todo de tupida hiedra, de la que

⁹ Jovellanos, *Informes sobre las minas de carbón de piedra*. Cfr. Rivadeneyra, 50, 464.

¹⁰ “Auri vicena millia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Gallaeciam et Lusitaniam praestare quidam prodiderunt; ita ut plurimum Asturla gignat, neque in alia parte terrarum tot saeculis haec fertilitas” (lib. 33, c. 4).

¹¹ Lib. 44, ep. 199. Cfr. Risco, *España Sagrada*, 37, números 24-30.

n^ se sabe si sostiene al muro o el muro la sostiene a ella. Sobre las hermosas laderas de prados, huertas, frutales y castañedos se alza la serranía de la Cerica, que cae a plomo sobre el río, y poco más adelante se presenta el árido barranco de la *Argayada*, cuyo nombre nos está diciendo lo escurridizo del terreno lastroso y arenisco, agreste y casi perpendicular.

La vía salva el río por un puente, y dejando a mano izquierda la isleta y ermita... dicha de San Bartolomé, dobla a la derecha, faldeando la colina sobre que se asienta galano el pueblecito de Sobrepiedra, y a la revuelta del camino, que va plegándose a la ondulación del río, da vista al valle de Cangas, estrecho y prolongado hasta ese pueblo, situado a la otra banda de la corriente, Villanueva, con su histórico y monumental convento. Desde ahora hay que decir que andamos en el sagrado recinto de la primera corte de nuestros heroicos monarcas, y ya las selvas, y los montes, y los ríos se animan y reviven ante el hombre apreciador de la heroica antigüedad de un pueblo y de una raza inquebrantable. El edificio aquel que primero observamos sobresalir a la otra parte del río, es el monasterio, declarado monumento nacional, cuya construcción antigua y cuyo curioso simbolismo e históricas representaciones piden relación aparte. La aldea allegadiza al monasterio y espejada en el remanso del río, vese ahora aislada de nosotros por el puente roto y el machón de piedra medio hundido y entornado en el agua. El río se arrima ondulante a las colinas, que, alzándose desde Villanueva, caen rápidas sobre su corriente, sombreada por alisos y exuberante vegetación. El tranvía va en más derechura, pero siguiendo a distancia las vueltas de la corriente, cruzando la vega hasta atravesar el Sella por el nuevo puente, sobre el cual, a corta distancia, aun se eleva majestuoso el llamado puente romano, realmente de construcción gótica, con un poderosísimo arco apuntado, que salva toda la anchura del cauce y al que acompañan por galanura otros muchos en degradación. Cruza la vía la histórica población de Cangas para subir a Covadonga. Ésta fué el retiro providencial de nuestra asolada Monarquía, joya y perla de inapreciable valor; pero la reina que guardó la llave y secreto de ese tesoro fue Cangas, la heroica ciudad de los primeros Alfonsos. No es bien que pasemos por ella sin darnos cuenta de su privilegiada situación.

La vega de Cangas, fértil, pintoresca, resguardada y céntrica, se presta a ser lo que fue en los primeros años de la Reconquista. El valle se alarga de Mediodía a Septentrión, donde se arrincona en Contranquil, y se ensancha de Occidente a Oriente, formando una especie de triángulo, cuya base y lado menor se asienta en Cangas, y el vértice en el extremo de Contranquil. El eje mayor del valle alcanzará dos kilómetros, y uno y medio el menor. En la parte meridional, inclinada a Poniente, cae la confluencia del Sella con el Güeña, en cuyo ángulo se alza Cangas, hoy con el título de ciudad, población principalmente situada en llano. Cangas de abajo, y parte levantada en la falda del monte, Cangas de arriba. Este valle de Cangas prolonga un brazo, río arriba del Sella, por cuya margen derecha sube la carretera arrimada al monte, hasta Caño. De frente se elevan repentinos los cejijuntos cerros del Aspru. Sobre la otra orilla del río, al pie de la sierra de Cosmellón y a la falda de las colinas que van subiendo desde Parres, se alarga una fértil vega, en cuyo extremo se repliega Avalor, en cuyo centro se recuesta Dego, y en cuyo comienzo sobresale Soto, cercano al puente de Cangas. Mirar desde aquí río arriba y ver y respirar la frescura del valle, las pintorescas orillas de la corriente, las laderas del monte, vestidas de vetustos castañares, y el fondo cerrado por el ceñudo picacho del Aspru, y los costados defendidos por elevadas sierras, en primavera y verano es delicioso; pero verlo todo ahora en invierno, con la espesa nevada caída por Navidad, es panorama fantástico y de sorprendente hermosura. Si ahora volvemos los ojos desde el mismo Cangas a la banda del Norte, admiraremos, más que la grandeza, la riqueza y hermosura de la vega, regada por el salmonífero Sella y por su afluente el Güeña, y la abarcamos en toda su anchura desde las suaves y pintorescas colinas de Parres, por la izquierda, hasta las más empinadas, pero no menos frondosas, de la derecha, y alcanzamos distintamente la fábrica de curtidos en el fondo de Contranquil, a cuyo lado se agrupa el caserío, y sobre la ladera pendiente y frondosa se asoma Lluves, y mediando un barranco profundo, donde se supone la famosa caza y lucha de Favila con el oso, sobre las cumbres extendidas al Este, se alzan también las aldeas de Felguera [sic, por Helgueras] y Celango. Por detrás de estas frondosas colinas, y como protegiendo su caserío, elévase la sierra de Olicio, con su agudo pico del Arbolín, la cual es continuación de la Cérica, proveniente de Arriondas, y se prolonga en la de Onao, frente a Soto y Corao, por la cuenca del Güeña, camino de Onís.

Cangas mismo descansa, como hemos dicho, parte al pie, parte ya en la falda de la sierra de Següenco, la cual primero se rellana en una elevada meseta, y luego, alzándose al Mediodía, revuelve hacia

Oriente y corre hasta Covadonga, y se enlaza con la gran cordillera de los Picos. Las cimas más altas que rodean la vega de Cangas alcanzarán de 500 a 600 metros, y en ellas no hay más que monte bajo. Las colinas, pobladas de caserío y de gran arbolado, suben a 200 y 300 metros; las ricas pomaredas cubren las laderas, y las grandes cosechas se recogen en la vega. Pero esto que ahora apuntamos no es más que el esqueleto de esta privilegiada naturaleza. Quien la quiera admirar en su completa hermosura y fragancia, entre en verano por aquella fresquísima cañada, y a la grandeza de las cumbres circunvecinas y de sus encrespados picachos, añádase la gracia de las ondulantes colinas, lo antiguo y sombrío de los castaños y robledales bien conservados, las huertas y pomaredas de olorosas manzanas, los finísimos prados de verde esmeralda ceñidos de cimbreantes avellanos, los frescos alisos y los tilos espejándose en los claros remansos del río, donde el salmón brinca a coger su presa, y el maizal, de anchas hojas, en la vega, y la luz quebrada sobre crestas y arboledas y corrientes, riquísima en matices nunca pintados, mírelo, y no se cansará de observarlo, y andará como embelesado de vista en vista a cual más encantadoras. Y por ahora no paramos mientes en la típica hermosura de las poblaciones, alma y vida del paisaje sonriente.

Subamos un poco más arriba de Cangas y nos apostaremos a la entrada de la estrecha garganta de Covadonga. Por el lado oriental de la histórica ciudad, y a la misma salida, avécínanse las opuestas laderas de los montes, sin dejar otro espacio que el del lecho del río y el de la vía tendida a su vera, y pasados algunos vallecitos o rehencimientos del terreno, ábrese el valle mayor de Soto, no tan grande como el de Cangas, pero muy precioso, a causa de las vistosísimas laderas y pueblos de Cardes, Onao, Celorio, Perleces, a;mano izquierda, y Niedo y Narciandi, sobre la derecha, y mirando de frente, alárgase la cañada, que entra en Corao y pasa a Mestas y sube a Onís, a cuya derecha álzanse, escalonadas, las soberanas cumbres de Peña Santa.

Pero lo que principalmente nos interesa ahora en este punto para el intento de nuestro trabajo, es consignar bien el lugar de desviación a Covadonga, porque lo juzgamos muy crítico para conocer aquel rincón escondido y para apreciar debidamente el trascendental suceso con él relacionado. Este valle se ensancha sobre la orilla izquierda del Güeña, y por la misma recibe al extremo oriental al Deva, que baja de Covadonga, y a uno y a otro lado de este afluente, nada lejos de su confluencia, descansa el pueblo de Soto, sobre el cual existe un hermoso campo cubierto por antiguos castaños, donde se celebran las grandes romerías; porque allí remansan, a la ida y a la vuelta, las oleadas de gente que afluyen en el verano a Covadonga, como en paraje único capaz de contenerlas en aquellas cercanías.

Observemos ahora, antes de encauzarnos por la garganta de Covadonga, que esta otra gran cañada que dejamos al frente es la que antes señalamos situada entre la altísima cordillera y la otra fronteriza más vecina a la costa, y es la que, subiendo de Cangas y pasando de largo aquí en Soto, atraviesa a Corao, y por las estrecheces de la Estrada entra en el valle de Mestas y por otras gargantas sube a Onís, y aunque va adelgazándose y ensanchándose, nunca presenta paso alguno por completo cerrado, sino tan sólo buenas defensas, como la de Corao Castiello, dominando las angosturas de la Estrada, de modo que sin mucha gente no se podría cerrar el paso por ahí arriba a un ejército bien organizado y numeroso. Hecha esta advertencia, volvamos al valle de Soto, y sin atravesar el río que desciende de Covadonga, dejémonos ladear a la derecha por la vía que faldea las graciosas colinas que se allanan a nuestra derecha, y entremos en el castañedo antes dicho de Soto, y miremos el callejón por donde nos vamos a meter. Si hubiéramos de comparar las pequeñeces de una ciudad humana con estas grandezas de la naturaleza meternos por aquí es como aventurarse a un callejón sin salida, al extremo del cual, quien quisiera romper, tendría que echar por encima de los tejados, y aquí las cumbres son nada menos que los altísimos puertos de Peña Santa, que van a despeñarnos en la región de Liébana. Como que la sierra de Priena, por la izquierda, y la de Següenco y Covadonga, por la derecha, se desploman rápidas y aprisionan al río, y apenas dejan sitio en que retorcerse a la carretera, la cual va a salir a un curioso pueblecito, Riera, recogido en un repliegue de los montes, con sus graciosos hórreos asturianos y corredores engalanados por invierno con las doradas ristras de maíz, muestra y premio de sus hacendosos moradores. Este no es más que un respiro en aquella angustiosa garganta, la cual de aquí se revuelve de cara al sol naciente, y se encoge todavía más y culebrea hasta aquella repentina dobladura, tras la cual no se abre, sino que se alarga y profundiza y se cierra en sublime escenario el panorama augusto de Covadonga. El torrente baja gimiendo aprisionado en el fondo; los lados de ambas sierras más parecen paredones desplomados hacia fuera, en cuyas asperezas aun halla modo de sostenerse el soleado pueblecito de Llerices, y arraigan corpulentos árboles, castaños, encinas, hayas, abrazados allá

como en lucha titánica con los peñascos medio desprendidos, rodando a veces en tremendo argayo plantas y rocas al lecho del torrente.

Pero alzando los ojos a Levante, cautiva la mirada aquel cerro atrevido y singular que arranca del costado derecho de la cordillera y se atraviesa y yergue imponente en medio de la cañada, y reviste su calcárea nevadura de pomposas hayas, fuertes robles y viejísimas encinas, y se ciñe, como de luciente cordón, del espumoso torrente, el cuál, dócil, le circunda y le rumorea; y en su augusta frente brilla la nueva y bellísima basílica de Covadonga, sirviéndole de fondo los grandes montes, que detrás se cierran en semicírculo, poblados de bosques y esmaltados con praderas, escondida al lado la ansiada perla que buscamos, la inmortal gruta del Auseva.

Al pie del valiente cerro sobre el que descansa la basílica muere el tranvía, sin atreverse a emprender el áspero repecho de un kilómetro hasta lo alto de la explanada. Aquí abajo se presenta el campo dicho del Repelao, bien reducido en verdad, pero el único por aquellos vericuetos capaz de contener dos mil o tres mil personas cómodamente reunidas. Para vencer la cuesta es menester que el camino real vaya caracoleando, y así cruzado el torrente en el campo del Repelao, busca apoyo en las rápidas laderas de los montes septentrionales, en buena parte repoblados con tupidos pinares, y conforme sube en espiral, va dando variada vista al cerro y basílica sobre él situada, hasta que al llegar cerca del arroyo dicho de la Gusanera, y antes de cruzarlo, se nos descubre de improviso la recatada gruta del Auseva y el sonoro torrente que a grandes chorros brota debajo mismo de la ermita, de donde, deshecho en hebras de blanquísima lana, rueda de cascada en cascada, perdido a trechos entre la espesura del ramaje. La basílica, a mano derecha, elevada sobre aquel risco de belleza natural agreste incomparable, es un acierto del arte, que la realza aun más que al Partenón la Acrópolis de Atenas, y la oquedad augusta de la cueva, y la gruta en ella, como nido suspendido, y el monte encima, ceñido de secular y potentísima vegetación, todo junto, peñasco, estalactitas, bosque denso, sombría frescura, caídas de agua rumorosas, aun prescindiendo de los portentosos recuerdos históricos, recoge el ánimo y hace a aquel retiro, entre los más preciosos conocidos en el mundo, digno de convertirse en augusto santuario.

Subiendo siempre en espiral, a poco de la vista dicha, se cruza el arroyo mencionado de la Gusanera, el cual desciende por la torrentera septentrional de las praderías de Covadonga, y algo más arriba se pasa el otro arroyo más vecino al Auseva, y en seguida nos vemos a la sombra de la gruta, que sobresale encima de nosotros, que extasiados la contemplamos desde la explanada fronteriza, bajo la cual pasa el torrente, primer manantial del Deva, nacido al pie de la Virgen. Otra espiral más adelante, y rozando con el hotel Pelayo, subimos a descansar, por último, en la vistosísima explanada, protegida por antepecho almenado alrededor de la basílica.

Reposemos en este grandioso mirador; y ya que por ahora no intentamos detenernos en la riqueza artística del nuevo monumento, ni siquiera en el proceso histórico del antiguo, continuemos en la consideración topográfica y panorámica que perseguimos. Vueltos a Occidente desde esta atalaya, reconocemos la tortuosa senda que acá nos condujo y las rápidas pendientes que la resguardan. Aquí cerca, a la banda del aquilón, tras el inmenso y natural foso del torrente, álzase como muralla inexpugnable el monte tan empinado, que es maravilla ver arraigados en sus laderas los perennes pinares de reciente plantación. Por la parte oriental se escalonan las verdes praderías, y asoman de trecho en trecho los agrestes riscos, y ruedan los arroyos antes mencionados; y a la banda del Mediodía se encumbra altivo, recubierto de carrascas y jarales, macizo e imponente, el Auseva, abriendo a su pie el antro misterioso por el que arroja los copiosos veneros de agua que en sí encierra. La cueva mira al Norte, doble más alta que profunda, y a gran altura del suelo ofrece un abrigo natural tendido a lo ancho de la gran cavidad, adonde se sube, a mano derecha, por gradas, parte artificiales, parte tajadas en la viva roca, recinto capaz para cosa de 100 personas, al que sirve de techumbre la cueva misma, que se alcanza con la mano. Enclavada en este elevado asiento se mira la capillita de la Santina, de la Virgen de Covadonga, con un corredor delantero protegido por una baranda. Éste se comunica, a mano derecha, con el antiguo claustro e iglesia, medio incrustados en la prolongación de la cueva, dominados por el ingente peñasco, que parece quererlos sepultar con su poderosa mole. Debajo de aquel encumbrado y singular trono de María cae a plomo en los meses de invierno y primavera un gran chorro de agua remansada en un profundo pozo, adonde confluyen otros vivos manantiales, los cuales, juntos, forman el más copioso caudal del Deva. Decir ahora lo apacible y grato de su sombra en verano, la frescura de sus aguas, el encanto de su misteriosa soledad, no es para dicho, sino para

disfrutado por los que por allá atardecen y amanecen las dulces tardes y mañanas dedicadas a esta estancia y excursiones deleitosas. Quien haya visitado monumentos célebres por su natural hermosura, no dudará señalar éste entre los más admirables. Lourdes, con su apacible gruta y frescas fuentes, ofrece un panorama más extenso; pero lo recogido y agreste del Auseva despierta idea de mayor grandiosidad, y, casi sin sentirlo, el ánimo se entrega a la meditación, admirando aquellas hermosuras y viendo en todo impresa la huella del Hacedor.

Y ¿desde cuándo este señalado retiro se convirtió en santuario? Antigua tradición lo remonta a tiempo anterior a D. Pelayo, el cual ya aquí halló un ermitaño y un templo de María. Sin entrar yo ahora, por mi parte, en la discusión histórica, no quiero dejar de hacer una observación histórico-arqueológica que afianza la tradición.

Hela aquí: la romanización de España en lengua, usos y costumbres fue grande y completa; la romanización de las Asturias, tarde subyugadas al imperio, fué muy rápida e intensa, como es evidente por la lengua, por toda la labranza e instrumentos de ella, por las costumbres domésticas, por las industrias. Esa cultura penetró hasta acá y cruzó por estos valles, como lo prueban las inscripciones romanas recogidas en Soto, en Corao, en Llenín, en la Estrada; de modo que, señalando el lugar de su encuentro, podríamos jalonar las estaciones y aun los castillos romanos, las posiciones estratégicas en la gran cañada que va de Cangas a Onís.

Ahora, quien haya visto y palpado la predilección romana por las grutas y las fuentes, consagrándolas a las deidades, así fueran nefandas, como en los bellísimos manantiales y cascadas de Afka, en el Líbano, los templos en las fuentes del Jordán, en Banias, en Baalbec, cerca del riquísimo manantial en la ladera del Antilíbano, y sin ir más lejos, recordando la inscripción hallada arriba de Corao, en la Estrada, donde brota el manantial de aguas casi termales, lo que hace presumir alguna consagración de este lugar a alguna deidad, ¿dudará primero de que los romanos exploraran este privilegiado rincón de Covadonga, algo más accesible que las fragosidades del Líbano, y, sin duda, más hermoso que Afka y Banias? Y si lo conocieron, ¿dudará que lo consagraron? Admitamos, pues, que en la época romana se había ya convertido en santuario pagano, que necesitaba purificarse, destruirse o convertirse al verdadero Dios.

Ahora bien, puede señalarse como una ley cierta en la propagación del Evangelio, que allí fue más pronta y más intensa, en donde la cultura romana había penetrado más, derrocando su idolatría y plantando la verdadera religión. No sabemos cómo, pero es lo cierto que el cristianismo en Asturias se propagó muy rápidamente, y muy intensamente y muy arraigadamente; y es claro que si halló en Covadonga rastro de idolatría, lo deshizo y lo convirtió en centro del culto verdadero, de retiro y de oración, adonde se recogieran los amantes de la soledad. Si D. Pelayo lo halló consagrado al culto de María, realizado el prodigioso triunfo sobre los moros, es natural que permaneciera indeleble su memoria.

Pero ¿es verdad que hubo el D. Pelayo y la reñida batalla de Covadonga? No es mi intento, como he dicho, entrar de lleno en la cuestión que substancialmente considero bien resuelta;¹² pero al concluir he de hacer una advertencia que señale la ventaja y dilucidación que puede venir a la historia de la atenta consideración geográfica y topográfica del lugar.

Nuestros grandes historiadores antiguos y modernos no aciertan a darnos una descripción que no sea en extremo vaga y confusa del sitio memorable. Entre los antiguos la descripción más apropiada y mejor sentida, así del camino de Covadonga como de la natural disposición de la cueva y de la iglesia y monasterio a ella adheridos, es la que nos dejó Ambrosio de Morales: Hela aquí:

“En el concejo de Cangas, y a dos leguas pequeñas de los lugares así llamados, está la insigne cueva, y digna de ser por toda España reverenciada como celestial principio y milagroso fundamento de su restauración, llamada Covadonga, con el monasterio de Nuestra Señora, que aunque es muy pequeño, es grande la devoción que con él en esta tierra se tiene. La extrañeza de este santo lugar no se puede dar a entender bien del todo con palabras; mas siguiendo llanamente la descripción se comprenderá mucho de lo que hay en todo. Saliendo del mercado de Cangas, al Oriente estival algo inclinado al Mediodía, por la ribera arriba del río Buena [Güeña], se va por un valle harto ancho [al principio bien estrecho, y su anchura no comienza hasta Cardes] y, como todo lo de Asturias, muy fresco, de grandes arboledas, hasta que a media legua otro río, llamado Diva [Deva] por el Arzobispo D. Rodrigo, entra en él. Y aunque allí no se llama Diva,

¹² Cfr. Zacarías García Villada, RAZÓN Y FE, Abril de 1918.

sino Rinazo, es por haberle poco atrás recibido. Mas yo Diva le llamaré, porque se entienda mejor lo que se ha de proseguir. Llegados, pues, a la junta de los dos ríos, sin pasar a Diva [sin traspasar el río], tuerce el camino sobre la mano derecha, acostando del todo al Mediodía, y entramos su agua arriba por su valle, que también es fresco y no muy ancho [lo que luego añade, si se pone, no debajo, sino algo arriba de Soto, es exactísimo, pero, anticipado, es inexacto], y las dos sierras que lo cierran son más altas que las del Bueña, y van siempre creciendo en altura, y estrechando el valle, hasta que, llegado a un pequeño lugar llamado Soto [entiéndase después de pasado], ya va mucho más cerrado y más ásperas las cumbres. No está el Soto más de una legua del mercado de Cangas, y de él a Riera, otro lugar, no hay más que media, siempre río arriba por Diva. Ya desde aquí a Covadonga, que hay otra media legua, lo estrecho del valle, y el torcer con vueltas, y el ser sus lados más peñas que montañas, hace una aspereza espantosa; no dejan más de anchura de cuanto el río Diva lleva de corriente o más verdaderamente de despeñadero. Ya cuando se llega aquí no se puede dejar de pensar en la misericordia de Dios, que así cegó a los moros para que no mirasen a donde se metían; porque si alguna, aunque poca, consideración de esto hubieran, bastaba para detenerlos, y buscar otra manera de tomar al rey D. Pelayo y a sus cristianos. Siempre el valle va cerrándose más con más aspereza, hasta que, sin tener salida, se cierra al cabo con una peña muy alta y ancha que lo toma de través; y aun antes que se llegue al pie de ella se sube la cuesta muy agria, sin que buenamente se pueda subir a caballo por ella. Esta peña es la de Covadonga, y aunque es tajada, no es derecha, sino algo acostada hacia fuera; así que pone miedo mirarla desde un llanito pequeño que tiene al pie, por parecer que se quiere caer sobre los que allí están”.¹³

No aducimos la descripción particular de la cueva y templo y monasterio, porque lo histórico y arqueológico lo reservamos para más adelante; pero nos es preciso recoger la admiración espontánea que se le escapa a Morales, producida en su ánimo por la consideración de aquel laberinto sin salida. ¿Es posible que un ejército como el árabe, experto y bien dirigido, entrara en aquel desfiladero espantoso?

Esta admiración la convierten los seudocríticos en negación rotunda de la batalla de Covadonga, dada la fecha algo tardía en que parecen narrados tan grandes sucesos. Efectivamente, ante la naturaleza topográfica del terreno, sobre todo en su última desviación desde Soto a Covadonga, la entrada de los árabes se haría inconcebible, si de su parte ponemos todo lo que es pericia y estrategia militar, escuadrones de caballería innumerables, y de parte de los cristianos todo lo que es pobreza despreciable, poquedad de espíritu, falta de talento y de cultura, impericia estratégica, falta absoluta de cabeza y de organización para dar una batalla, y menos para dirigir una campaña y acabarla felizmente.

Pero pongámonos en la realidad de las cosas, reconozcamos la singular condición topográfica que acabamos de consignar, admitamos sin regateos las valientes cualidades de la raza y del ejército árabes, rapidísimos en la conquista, briosos en el ataque, maestros en la maniobra envolvente o penetrante, pundonorosos para no consentir que se les disputara el lauro ganado en tantas victorias; pero confesemos también que España, aunque sobrecogida y vencida y asolada de repente, fue un gran pueblo guerrero, cuyo valor no sucumbió por ensalmo, y se replegó adonde pudo replegarse, cuya invencible fortaleza cristiana no se doblegó ni aun allí donde los cuerpos perecieron bajo el alfanje; no olvidemos que hubo ciudades solas, como Numancia, hombres solos, como Viriato, que pusieron en contingencia el imperio mejor organizado del mundo; no neguemos lo que fué admiración de los clásicos dominadores del orbe, que los cántabros y astures fueron entre los muy valientes, valentísimos, fuertes luchadores en todo tiempo contra todos, arrimados a sus fortalezas naturales, las montañas, maestros insuperables en desconcertar los planes mejor trazados de los generales romanos, a la vista de su Emperador, en envolverlos y destrozarlos; confesemos que la época goda no fue para quebrantar la condición guerrera del pueblo español y de la raza cántabra y asturiana; añadamos lo que sin grosero espíritu sectario no se puede negar, que el ánimo cristiano, lanzado en aquellas potentísimas razas primitivas las debió de dar un temple religioso insuperable, lo cual no es mera hipótesis, sino evidencia histórica a todas luces manifiesta, y ved ahora que con la rapidez del huracán avanza un enemigo sobre toda España y la rinde y maltrata, y sólo se detiene por el natural cansancio y por el providencial encuentro de una inmensa barrera natural, guardada por brazos de acero y pechos de diamante; pero, así y todo, penetra dentro del recinto y pisotea y tala lo más florido.

¹³ Cfr. Risco, *España Sagrada*, XXXVII, pág. 96. En la Crónica general de España, de Ambrosio de Morales, IV, lib. 13, c. 2, se aduce el mismo texto cuanto a la sustancia, pero difiere en las palabras; como redacción distinta.

Mas he aquí que en medio de esta desolación aun queda lo más fuerte de esta provincia, resguardado por su misma situación, por el ánimo de sus hombres fornidos y valientes, estimulados por los que de día en día se les agregan llorando la triste suerte de sus hermanos en patria y religión, maltratados en toda España: ¿es ahora inverosímil que esos valientes, refugiados en sus grandes fortalezas naturales, no quieran doblegarse e intenten defenderse; que entre tantos valientes y aguerridos aparezca un hombre de ingenio superior, de corazón magnánimo y voluntad de acero, que atraiga y consolide las voluntades, gran conocedor del terreno que pisa, de la condición guerrera de sus valientes, puesto al tanto de los movimientos todos, de las fuerzas e intentos del enemigo, y en este estado organice sus huestes, a tiempo las lance y sorprenda al adversario y a tiempo se retire, otra vez le asalte en sus mismas posiciones y le dé a entender su riesgo y aciago resultado si se descuida, y es inverosímil que, hostigado con estos ardides, el soberbio vencedor redoble su furia, pida refuerzos y salga en decisiva algarada en son de acabar con aquellos postreros rebeldes, cuyo gran caudillo lo sabe todo, lo previene todo, y, sin aventurarse demasiado, sabe acometer y sabe retirarse hasta atraerle a empeñar una lucha decisiva; pero no allí donde a los planes del invasor convenga, sino en el lugar elegido de antemano, y azuzándole le hostiga, y hostigándole cede, y cediendo le trae y le introduce en la angostura peligrosa, y al verle metido dentro se le presenta terrible y de frente con lo más aguerrido de sus valientes, y al abrigo de la sierra conocida lucha y no ceja, acuchilla todo lo más granado del ejército agareno, y vencido lo principal, con la rapidez del rayo, de monte en monte y de cañada en cañada, pásala señal convenida a su gente, apostada en las laderas y desfiladeros, y se entabla la lucha general, y precipitados los invasores en vergonzosa huida por barrancos y alturas mal conocidas, son por todas partes degollados, y el terrible escarmiento hace que en años prolongados no osen los soberbios aventurarse a lo interior de aquellos bravos cristianos? Suponer todo esto está bien fundado en la naturaleza del terreno, en la condición ingénita y arraigada de sus moradores, en su amor patrio y espíritu independiente, en su fe religiosa, profunda e inquebrantable. En hecho de verdad, aparece muy luego un reino vigoroso y un rey potentísimo en una corte vecina, centro de sus vastos dominios, Alfonso I el Grande o el Católico, extendiendo desde Cangas sus estados por Castilla, León, Galicia y Portugal; conquistando en Galicia las ciudades de Lugo, Orense y Tuy; en Portugal, Braga, Oporto, Viseu y Chaves; en León, la capital, Astorga, Simancas, Zamora, Salamanca y Ledesma; en Castilla, Ávila, Sepúlveda, Segovia, Osma, Coruña del Conde, Lara y Saldaña, a quien obedecieron, al decir de Masdieu, los vizcaínos y navarros, en cuyas tierras no habían entrado moros; de suerte que se extendía el reino cristiano desde el Océano occidental hasta los Pirineos de Aragón, y desde el Océano Cantábrico hasta lo último de lo que llaman tierra de Campos, que viene a ser, con poca diferencia, una cuarta parte de toda España.

Si este florentísimo reinado no supone conquistas y un gran espíritu de reconquista española, si no descubre organización ni reino heroico, dígame de igual manera que nunca hubo reino de León, ni de Castilla, ni de Aragón, ni Monarquía española. Pero si hubo reino, y reino indestructible, ¿qué otro origen pudo tener que el señalado por la tradición, cerca de Cangas, en Covadonga y en D. Pelayo? He aquí la indudable cuna de la gran patria española, Cangas de Onís, y he aquí su perla y su corona, Covadonga, y he aquí su gran caudillo, D. Pelayo, a cuyo vigoroso impulso se rehizo el disperso reino de los Godos, y se mantuvo imperecedero, y salió a campo raso en luchas seculares, hasta consumir la gran obra de la Reconquista católico-española al amparo de María.

SAINZ MARCOS, Manuel, "La cuna de la Reconquista española" en *Razón y Fe. Revista mensual redactada por Padres de la Compañía de Jesús, con licencia de la autoridad eclesiástica*, Madrid, [Compañía de Jesús], 1918, tomo 51, pp. 141-149 y 292-305.